

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*A un rayo de sol*, poesia, por María del Pilar Sinués de Marco.—*Hijo por hijo*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Hojas para un libro*, por D. J. J. Jimenez Delgado.—*Esplacacion y aplicacion del grabado de modas*, por Pamela.

Con este número se reparte un grabado de modas y el pliego octavo del tomo cuarto de la *Galería de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).]

VII.

El Duque de Richeville al Conde de Peñafiel.

París, diciembre de 18...

Tu carta me ha hecho una impresion que apenas podria explicarte.

¡Qué grande debe ser la herida de tu alma para que así te quejes, siendo tan sufrido, tan valeroso!

Créeme, Camilo; vuelve al lado de esa mujer que has visto en mal hora: mírala de cerca, y descubre sus defectos: de lo contrario, estás perdido.

La ausencia es mal remedio para curar el amor, y mucho peor cuando el amor es ideal: acércate á ella y cura con la prosa de la vida esa fiebre poética, que no es la menos peligrosa de las fiebres.

Te conozco: si esa jóven escucha con placer tus lisonjas: si te dá la mas leve muestra de

flaqueza, ya está roto el velo de tus ilusiones; solo lo imposible es capaz de cautivarte así.

Si se muestra contigo severa ó amedrentada, tambien caerá de su pedestal ante tus ojos: ¿quién puede conservar tus ilusiones, si son flores mas delicadas que las que nacen y mueren en una mañana de mayo?

Así pues, amigo mio, el mal puede curarse en el supuesto que tú lo desees; la medicina está en tu mano: acércate al ídolo... y él caerá hecho pedazos.

Yo no soy tan poético, tan exigente como tú: y sin embargo, pocas veces me he acercado á una mujer que no haya perdido mis ilusiones.

La que me pareció superior á todas, fué mi esposa... tú sabes de qué modo las mató una por una.

Tu honradez creará hacer á Clara una ofensa acercándote á su hermana; pero mas la ofendes alimentando esas quimeras, que no por ser casi infantiles, dejan de ser tambien el verdugo de su felicidad y de la tuya.

Camilo, por amor y por respeto hácia esa noble y bella jóven cuyo porvenir te han confiado, cúrate; marcha á ese pueblo; ve á Mérida; supuesto que ella ignora tu pasion, no hay ningun inconveniente en que la veas y le hables: en que entres en su casa á todas horas: milagro será que á los pocos dias no te rias de tí mismo, que es lo que sucede á todos los visionarios.

Si te parece aventurado el paso que te aconsejo, procura avenirte al carácter de tu esposa y estimar su belleza, que, según he oído al insípido marqués de Montemar, es admirable; y á propósito: ¿sabes que su esposa es la más linda criatura que he visto? tiene una gracia encantadora; además, tiene lo que me divierte á mí, que son las miradas, las sonrisas y las actitudes afectadas: pero afectadas de un modo delicioso! no habla, no se ríe, no se mueve que no sea de un modo calculado delante de su espejo; es una muñeca, pero una muñeca que no tiene igual.

Su tren es el de una princesa: no le falta ninguno de esos detalles, que envidian las mujeres y que seducen á los hombres: como solo están por temporada, no han puesto casa, pero tienen una elegante y confortable habitación en el Gran Hotel: una habitación grande, suntuosa, perfumada y cargada de flores, que los amigos de César pagan á subido precio en los invernales para obsequiar á Valentina.

Esta es coqueta con todos: cuando va al teatro, uno le lleva el ramillete; otro la bolsa de raso que contiene sus gemelos; detrás del coche va un lacayo con un almohadon de terciopelo para los pies; cuando llega al teatro, uno de los amigos la despoja de su capa de cachemir blanco guarnecida de armiños: otro le acerca el sillón á la barandilla; otro sale para comprarle una bolsa de dulces.

Esta marquesa de diez y seis años, con sus ojos de un azul oscuro, sus cabellos negros, su tez de nieve y rosa, vestida de seda blanca y encajes, coronada de brillantes, coqueta y cargada de perfumes, tiene vueltos locos á todos los *lions* de París.

No recibe mas que desde las tres á las seis de la tarde, y muchos días á ninguna hora: tiene el talento de hacerse desear, lo que es extraño, porque, según he oído, es hija de unos toscos labradores.

Sus maneras son perfectamente distinguidas; he oído decir que posee un talento natural, admirable; pero á mí me parece imposible que una joven, que discorra, se ocupe de semejantes puerilidades, y pase su vida delante del espejo.

El otro día, pensaba yo que podría divertir tal vez mi antigua y ya fastidiosa viudez, emprendiendo la conquista de Valentina: me acordé de lo que casi siempre tengo olvidado: de que soy duque, y de que no tengo cojera, joroba, ni ninguna imperfección que choque.

No me digas que es una cosa ruin el engañar

á César: este no merece ninguna consideración: hace la vida del bruto, comer, beber y divertirse: creo que se ha olvidado de que sabe leer: su mujer es para él como un gracioso mueble: nada mas.

Pertenece, pues, á la numerosa cohorte de maridos, que son y merecen ser engañados por sus mujeres.

A pesar de estos pensamientos que me asaltan, de estas reminiscencias de mi alegre pasada vida, pienso mucho en tí, mi querido Camilo: quisiera estar á tu lado para aliviarte: y creo que, si sigue tu mal, iré para intentar tu curación, y eso que creo que me voy enamorando de esta linda y dengosa marquesita.

Tiene para mí aun otro encanto: se pinta: y una mujer bonita, pintada, ha sido siempre para mí el mas precioso de los cuadros.

Se hace en sus grandes ojos azules una raya negra, que les dá una expresión arrebatadora: su tez desafía al nácar en pureza y blancura, porque á su belleza natural, se añade la que le presta algun hábil perfumista: dos lunares negros y pequeñitos, el uno en la garganta y el otro al lado izquierdo de su pequeña boca, acaban de hacerla encantadora.

Y bien ¿por qué hemos de culpar á las mujeres si se embellecen todo lo posible? ¿nos extraña de que se adornen con un lazo, con una flor? ¿nos desagrada que se sonrian cuando tienen una bonita dentadura? ¿por qué, pues, culparlas, porque se adornen y se embellezcan la tez? la naturalidad solo se desea en la mujer propia, y aun muchos maridos de talento hacen ya como que no ven el auxilio del arte sobre el rostro de sus esposas.

Termino esta carta algo mas tranquilo que la empecé: porque se me figura ver en tus labios una sonrisa al leer lo que contiene: de propósito te he escrito frivolidades para distraerte, aunque es difícil distraerte cuando padeces en el alma que es con demasiada frecuencia: repito, al abrazarte, mi consejo: busca pronto defectos positivos para olvidar perfecciones ideales.

OCTAVIO.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.



A UN RAYO DE SOL.

Bien llegado, mensajero
De la clemencia divina:
Clara antorcha peregrina
Que llevas la dicha en pos:
Yo te esperaba anhelante
En mi sombrío aposento,
Para luz del pensamiento,
Sonrisa augusta de Dios!

Ya las nieblas de mi alma
Se disipan presurosas,
Y á mis mejillas las rosas
Vuelven de la juventud;
Ya al firmamento mis ojos
Se elevan con alegría....
Y hay en mi lira armonía,
Y hay en mis venas salud!

Las flores de mis balcones
Te reciben con sonrisas,
Porque te siguen las brisas
De la estación del amor,
Que, emisario de ventura,
Tú anuncias la Primavera,
Cuya rubia cabellera
Besa amante cada flor.

Tú corres del firmamento
Las cortinas de celajes,
Y le vistes cortinajes
De diáfano y blanco tul;
Y nubes castas y bellas,
Que cual hadas candorosas
Se reflejan vagarosas
En el manso arroyo azul.

¡Cada aurora te esperaba
Con afán el alma mía,
Que desmayada, yacía
Como el ave en su prisión!

Porque ave es también mi alma
Que ambiente y luz necesita,
Y enmudece y se marchita
En su lóbrega mansión.

Desperté un día en mi cuna
Cuando con fé candorosa
Una plegaria amorosa
Sabía apenas alzar;

Y vi entonces tus fulgores,
Que al levantarse en Oriente
Mi cándida y pura frente
Se acercaban á besar.

Velaba mi grato sueño
Una imagen soberana,
Que á tu luz tibia y galana
Vida cobraba y color:

Y al herir la sien divina
Tus dulces reflejos rojos
Vielar de sus ojos
El deslumbrante fulgor.

Doblé entonces la rodilla
Sobre mi nevado lecho,
Y de lo íntimo del pecho
Con hondo fervor rezé;
Y ya alumbrada mi alma
Por tus rayos de consuelo,
A la Emperatriz del cielo
Mi primer canto envié.

De entonces, cuando la nieve
Cubre el prado y cubre el monte
Busco yo en el horizonte
De tu lumbrer el arbol:

Desde entonces, cada invierno,
Cuando el alba el cielo dora,
Busco la luz bienhechora
Del primer rayo de sol.

Y las nieblas de mi alma
Se disipan presurosas:
Y mis mejillas, las rosas
Recobran de la salud.
Al firmamento mis ojos
Se elevan con alegría,
Y resuena la armonía
De mi plácido laud.

Bien venido, rayo hermoso
De la clemencia divina:
Clara antorcha peregrina
Que llevas la dicha en pos:
Yo anhelaba tu llegada
A mi sombrío aposento;
¡Que en tí vé mi pensamiento
Una sonrisa de Dios!

María del Pilar Sinués de Marco.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuación.)

En aquel momento terrible, Salvador cogió con ambas manos la escala y con un violento esfuerzo arrancóla del gancho y arrojóla con ímpetu al fondo de la cripta.

Empujó con presteza la piedra que la cerraba, y hacinando sobre ella cuantas ramas desgajadas habian dejado en aquel sitio los torrentes que con la lluvia bajaban, huyó hácia la villa entre el recio aguacero que acompañaba el bramido del trueno y el imponente fragor de la tempestad.

VIII.

El tiempo, ese anciano mas antiguo que el mundo, que sin detenerse en su marcha sepulta con una mano á los hombres y sus monumentos, y con otra desemboza los misterios mas ocultos, habia traído con el decurso de un año sobre la memoria de Peralta, para todos, escepto la familia de Salvador, una niebla mas densa que la que acumula sobre pueblos y naciones el paso de los siglos.

El aragonés habia desaparecido como la piedra que se arroja á un abismo, como el surco que se traza en el mar.

Solo Salvador, cuyo interés le aconsejaba ocultar en lo mas recóndito de su alma cuanto de él sabia, si bien tranquilizaba sus temores la general ignorancia, sentia cada vez que su madre aventuraba algun juicio sobre la inmotivada ausencia del aragonés, presentarse á su memoria y torturar su espíritu todos los tormentos que debieron preceder y acompañar la prolongada agonía de aquella hercúlea y vigorosa naturaleza.

La desesperacion de verse enterrado vivo por el mismo á quien quiso sacrificar, haríale rugir y despedazarse en su impotencia, como una fiera cojida en un lazo.

¡Con qué sangriento despecho golpearia las paredes de su inmenso ataúd, donde en el momento de su triunfo habia sido encerrado, para morir como el avaro careciendo de todo sobre el monton de sus riquezas!

Las angustias de la sed y los horrores del hambre, que de tan espantosas visiones pueblan una fantasía debilitada por ellas; la certeza de

que su última hora se acercaba á pasos precipitados, pues al caer la piedra sobre la boca del pozo cerróla, como la culpa á Satán, todo camino á la esperanza, debieron asemejar sus últimos momentos á la desesperacion de los precitos.

Sí, porque Salvador al comprender, por desgracia demasiado tarde, los sentimientos de Peralta, tenia la conviccion, no solo de su duro y vengativo carácter, sino de la impiedad de su alma; pues la fé, santo y misterioso lazo que une la tierra con el cielo; la fé, que hermanada con el arrepentimiento forma la mística escala por donde se asciende, desde los abismos de la culpa al seno de la eterna gracia, no habia endulzado los postrimeros instantes de aquel hombre. A creerlo de otro modo, Salvador hubiera corrido, pasado su primer cólico arrebatado, y levantado con gozo la piedra de aquel sepulcro. Mas la vuelta de Peralta á la vida llevaba consigo su sentencia de muerte, y lo que era peor para el enamorado mancebo, el sacrificio de Coloma.

Entonces el instinto de conservacion que puso Dios en todos los corazones, acrecido por el encono que dejan los celos en toda alma, por generosa que sea, hizole desistir de su noble impulso, y gravar su conciencia con un peso cien veces superior al que arrojó su propia mano sobre la boca de la sima.

Al verse á su vuelta á la casa hostigado por las preguntas de Coloma, y al querer persuadirla de la inutilidad de sus esfuerzos para hallar á Peralta, la mentira que en aquel momento manchaba sus lábios atrajo tal palidez á su rostro que estuvo á punto de venderle.

Mas pasado aquel vértigo, díjole que en Riudarenas, donde acostumbraba á detenerse el aragonés con amigos que allí tenia, le habian asegurado que estaba en Gerona. Corroboraba esta noticia su despedida la antevíspera de la boda para dicha ciudad.

Coloma, incapaz de dolo, quedó persuadida de que Peralta habia perecido, pues solo la muerte podia haber hecho desistir de sus egoistas pretensiones á quien no retrocediera por las súplicas y lágrimas de la jóven.

La maestra tampoco sospechó; criada en un pueblo de sencillas costumbres, y cuyo reducido círculo hace raras esas dolorosas decepciones, tan comunes en los grandes centros de la sociedad, y que tan acerbos dudas infiltran en el alma, creyó las suposiciones de su hijo, como habia creído las palabras de Peralta, quedando,

cual Coloma y todos los que le conocieron, en la persuasión de que habia sucumbido en Gerona.

Esta creencia era tanto mas verosímil, cuanto que el aragonés acostumbraba alojarse en una de las casas del barrio en que habia ocurrido la catástrofe, cuyas víctimas no fué posible enumerar.

¿Qué repentina peste, qué devorador incendio, qué inesperada calamidad habia en breves horas pasado por aquel sitio, señalando su paso como el arcángel de las celestes venganzas con un rastro de esterminio?

¡Ay! dos negras fechas guarda en los fastos de su reciente historia la antigua ciudad de los Geriones. «11 de diciembre de 1809» ¡día memorable en que exhausta, destrozada, moribunda dió al fin entrada á las tropas francesas; día que no puede recordarse sin que acudan al pensamiento siete meses de heroica defensa, de esfuerzos titánicos y de sufrimientos tan inauditos, que la elevan y parangonan, en las pasadas eras con Sagunto y Numancia, en el presente siglo con la inmortal Zaragoza!

La otra que señala «18 de setiembre de 1843» no lleva en sí gloria alguna: semejante al retrato de aquel Dux traidor á Venecia, se ofrece tan solo cubierta de un velo negro.

Tristes y angustiosas habian pasado las horas de aquel día; la tempestad, como un águila sobre su presa, posábase en los cerros á cuya falda se asienta la noble ciudad de Carlo Magno, que rechina en ellos su cabeza abrumada de laureles.

El Oñá que la separa en dos partes cortándola de sur á norte, acrecido por las lluvias, y el Güell que se le une despues de lamer los muros de la ciudad, habia inundado, aunque con pasajero encono, la parte mas baja de esta, retirándose luego como traidor enemigo que huye primero para triunfar mejor en la emboscada que medita.

El Ter, grande y majestuoso, que desde lejos parece querer arrollar la poblacion, y que pasa apartándose de ella como arrepentido de su primer intento, estendiase hasta sus mismos muros ganoso de traspasarlos, levantando un sordo rumor á semejanza de los mares cuando la tempestad ruge por sus antros sin que aun aparezca en su superficie.

Entre tanto el Galligans, arroyo que se arrebatada de los montes vecinos, tan humilde y rastroso que se oculta al atravesar la ciudad bajo la oscura sombra de un largo puente, bajaba á su vez soberbio y turbulento, haciendo

ostentacion de su fugaz y prestada riqueza.

Y cayeron las sombras de la noche, y la ciudad fatigada de las emociones del dia, entregóse al reposo que arrullaban el soñoliento y monótono ruido de la lluvia, y el enronquecido fragor de los rios que la cercan y atraviesan como líquidas serpientes ansiosas de devorarla.

De pronto el viento que cerró una de las puertas de la ciudad, como para decir á las ondas en caso de una segunda invasion: volved á vuestro lecho, no hay aquí paso para vosotras: levantó su poderoso acento, dando en cambio á los que dormian el fatídico grito de alarma. Y el relámpago encendió el aire, y la manga de agua que se cernia como informe monstruo sobre las cimas de la sierra, desgarróse con estruendo, convirtiendo la atmósfera en un mar, y las laderas de los montes en grandes y asoladores torrentes. El Calligans acrecióse con ellos, y arrastrando troncos y rocas que cegaron su cauce rebosó altanero y entró por las calles que esquivó en su pobreza, como terrible é indómito conquistador. Mas de pronto, en medio de su triunfo, detúvose acobardado ante las hinchadas ondas del Oñá á quien el Ter habia exigido antes de tiempo su acostumbrado tributo.

En vano era que desde la cumbre se empujasen unas á otras sus turbulentas aguas, si al llegar á la imponente masa que como un dique le cerraban toda salida, parábanse y enmudecian contentándose con subir lentas, pero amenazadoras como una silenciosa marea; como una baja corriente que va llenando, al parecer sin movimiento ni ruido, el ámbito de un estanque; como en el espantoso diluvio debian subir sobre el haz de la tierra en lenta é imponente progresion las aguas del grande abismo.

Y dormia Gerona, y dormian sus descuidados habitantes, sin pensar que la inundacion llamaba á sus puertas, trepaba por sus balcones y que en breve las acrecidas ondas les arrastrarian en sus mismos lechos por las calles de la ciudad como trofeos de su pujanza.

De pronto un espantoso estruendo asorda el aire, y las aguas rebasadas hallando franco camino, lanzanse de súbito y arrebatan en su violenta sacudida árboles, casas, templos y todo cuanto estorba su carrera.

La fuerte muralla, el antiguo y poderoso muro que tantas proezas habia visto y tanta gloria encerrado; aquel muro que aun aporcellado y deshecho resistiera el duro choque de los ejércitos de Napoleon, acababa de ceder en medio de la noche á un impulso extraño, ines-

perado, repentino, como los muros de Jericó al toque de las trompetas de Israel.

Y la ciudad despertó asombrada, las campanas dieron al viento pavorosos tañidos: ayes, lamentos y plegarias levantáronse en la sombra mezclados con el ronco mugir de aquel inmenso mar, y el lejano fragor de la tormenta que huía.

Los pálidos albores de un sol triste y sin fuerzas aparecieron en el horizonte como antorchas fúnebres, para alumbrar la desolación de un pueblo, que al salir de su sueño, contemplaba los cadáveres de sus hijos entre las revueltas ondas, que al huir como avergonzadas de su traición, los dejaban aquí y allá entre el fango de las plazas y las malezas de los campos.

La piedad acompañada del dolor recogía llorando estos tristes despojos, por los que la población entera contrita y afinada levantaba preces al cielo, al par que por las almas de los que mas sin ventura habrían tenido por sepulcro el fondo de los mares ó algun desierto erial.

Tal fué el repentino y aterrador acontecimiento en que se creyó perdido á Peralta, cuadro espantoso que imperfecta y someramente nos hemos atrevido á bosquejar.

IX.

A consecuencia de haberse en octubre coronado de nieve las cumbres del Monseny, el invierno siguió bruscamente al estío, sintiéndose en los días, otras veces apacibles de aquel mes, el frío y punzante cierzo de noviembre.

La maestra, restablecida apenas de una larga y gravísima enfermedad, en la cual la esmerada asistencia de Coloma no contribuyó poco para ahuyentar la muerte, que en un principio pareció sentársele á la cabecera, hallábase un domingo por la tarde, en el rincón del hogar cabe un fuego que, por falta de alimento, comenzaba á extinguirse.

(Se continuará).

Maria Mendoza de Vives.

HOJAS PARA UN LIBRO.

Se escribe un libro, cuya primera página es tan antigua como la creación, el que durará tanto como ella.

Todos los hombres lo redactan.

Pero á pesar del tiempo que hace que lo escriben, se concluirá cuando el mundo concluya.

Y á pesar de que los hombres lo escriben y lo estudian, ni saben lo que escriben, ni lo comprenden.

El número de sus hojas no se puede calcular; aumenta y aumentará indefinidamente con el tiempo.

Cada una encierra un poema de inapreciable valor y cada párrafo una lección tan sabia como la experiencia.

Solo un ser misterioso, mas grande que todo cuanto existe, cuenta y estima las páginas escritas de la obra.

Todo hombre escribe en ese libro desde que ve la luz, acatando las leyes que el Criador nos impuso.

Y sin embargo, el hombre vive con plena libertad, y obra con conocimiento de sí mismo.

Si él pudiera comprender lo que lleva escrito!...

¿Mas quién sabe si llegaría á aprovecharse de ese trabajo que labraría su felicidad?

El epílogo del libro solo el Eterno lo leerá.

El será su censor.

Este libro es la historia moral de la humanidad entera.

Los hombres se pierden en ella, como se pierde una gota de agua en la inmensidad de los mares, como se pierde una lágrima en el mar de lágrimas de la vida.

Se suceden unos á otros con la misma rapidéz que se suceden las horas.

Y como estas, cuando espira el último minuto, pertenecen á lo que fué.

De ellos no queda entonces mas que un recuerdo; un recuerdo que se estingue y se reduce á la nada, aun cuando haya dejado una señal en la carrera del tiempo.

Cuando el hombre dá su último adios á ese mundo que le sirvió de teatro y al que quizá maldijo, desaparece para no volver á reaparecer y queda sepultado en el océano insondable de la eternidad.

En su penosa peregrinación por una senda de mentidas flores y punzantes abrojos, él no ha hecho mas que aumentar ese gran libro con una página, dolorosa siempre, horrible algunas veces, dichosa nunca.

Pero esta, cual ligera nubecilla que impulsada por el viento desaparece en el espacio, desaparece también arrastrada por ese fantasma poderoso, por ese elemento destructor de la obra de Dios, por ese misterioso gigante, el Tiempo,



que reduce á la nada cuanto está sujeto á su poder, tanto física como moralmente.

Por eso, el hombre no puede comprender nunca ese libro.

Su imaginacion, demasiado pequeña para estudiar y comprender la historia de cada hombre en lo que se le relaciona con la verdadera historia de la humanidad y aprovecharse de las lecciones de tanta esperiencia, se ve rebajada y humillada ante esa gran obra que solo Dios abraza en su grandiosa síntesis.

Por eso, el conjunto de hombres que han sido, que son y que serán, se ve siempre envuelto en la oscuridad mas profunda, en la confusion mas horrible.

El hombre, á pesar de su impotencia, quiere lanzarse á regiones superiores á su inteligencia, y, al intentarlo, se revela tan solo su miseria.

Y sin embargo, el hombre nace puro como nace la aurora.

La belleza de sus instintos extasía.

Los resplandores de su alma deslumbran, como deslumbran los rayos del sol.

Siendo emblema de la inocencia, y hermosa como la naturaleza, brinda por do quier la paz y la felicidad.

Y esparciendo un delicioso perfume solo que aspira el bueno, es la imagen del Criador en cuya obra se recrea.

Pero empieza á desarrollarse, y á conocer todo cuanto le rodea. La sociedad se burla de sus buenos instintos, le seduce la brillante mentira que le asedia, los engañosos placeres que el mundo le brinda, las falsas ilusiones que se le hace concebir.

Y creyendo hallar en ellas la ventura, encuentra solo la desgracia.

Llega á ser como los demás hombres que fueron sus maestros.

Y así se renuevan los hombres y tras los hombres las generaciones, y solo es único é inmutable el infortunio de la humanidad.

Y así el hombre es víctima de sí mismo, sin darse siquiera cuenta, ni de lo que hace, ni de lo que piensa, ni de lo que es.

Arrastrado por la violencia de las pasiones que brotan en su corazon, tiene que disfrazarse tambien con repugnante máscara, tiene que vestirse con el traje mas á propósito para encubrir su deformidad moral.

Porque si su alma se presentara como el Hacedor la formó, con ese vestido de la inocencia que debiera ser su mas precioso adorno, quizá serviría de juguete al hombre ya corrompido

fascinado por el embriagador néctar de los placeres que mas tarde le repugnan y aborrece, aunque en lo mas recóndito de su conciencia apreciara la pureza de sus sentimientos. como un tribunal misterioso que falla en secreto.

La conciencia es el juez mas terrible del hombre.

Nunca le abandona.

En su propio martirio ó su consuelo, es su ángel redentor, es la imagen de la ley divina.

Por eso el hombre, aunque quiera [desecharla, aunque quiera asfixiarla en la atmósfera de los sentimientos que los demás le han comunicado, la encuentra siempre fria, severa, inexorable.

Pero cuando algunas de sus acciones va timbrada con el sello de la virtud; cuando domina en ellas la verdad é impulsados por sus primitivos instintos, obra, segun ellos le dicen, entonces, ¡qué mas premio que el que le proporciona el haber obrado bien!!!

Entonces, ¡qué mayor placer, qué mayor recompensa que la satisfaccion y la tranquilidad que su conciencia le brinda!

La virtud, esa virgen, emblema de la única felicidad que en la tierra se encuentra; ese ángel consolador que remedia los males; esa deliciosa flor que embriaga con su perfume á las almas que desprecian los peligros de la corrupcion en que la sociedad nos envuelve, es la sola cosa, fuera de Dios, digna de que los hombres le rindan y tributen culto en la tierra; porque ella es el ideal de todo lo grande, de todo lo sublime.

Es la representacion de la Omnipotencia.

Por eso el hombre que conserve sus buenos instintos, que tenga fé en sus creencias, abnegacion y energia para luchar con la sociedad, no debe arrodillarse ante ella, sino erguir su cabeza, levantarla con orgullo por encima de los demás hombres, y despreciar lo que es terrenal y perecedero para contemplar los horizontes sin límites de la eternidad.

J. J. Jimenez Delgado.

ESPLICACION Y APLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Segun digimos en uno de nuestros últimos números, la edad madura y hasta la ancianidad pueden ser tambien elegantes: demos, pues, al-

gunos modelos de cofias y prendidos, obgetos que, aunque notan usados como en Francia, nos parecen indispensables para la *toilette* de las señoras de edad.

Las gorras bonitas son tambien de gran utilidad para las señoras jóvenes, en las primeras horas de la mañana, en la convalecencia de una enfermedad, y para equipo de casa, circunstancias todas en que significan mejor gusto que un peinado pretencioso.

En otra circunstancia hacen tambien un papel muy estimable las gorras bonitas y coquetas: para salir á pié y con uno de esos delicados velos de tul, que en los días crudos del invierno son del todo ineficaces para preservar la cabeza del frío: nada mas bonito que una gorrita de buen gusto bajo un céfiro, evitando así el ponerse sombrero á unas horas en que el traje no puede, ni debe ser muy esmerado.

Núm. 1.º *Gorra de comida*: el fondo, de tul, es caído, y está bordado de gruesas cuentas negras. Sobre la frente y en el lado izquierdo, hojas de encage blanco, y pequeñas plumas rosa y negras.

Esta gorrita, que es mas bien un gracioso prendido, conviene á una señora joven, y se puede usar tambien para visitas bajo el velo, y aun para teatro.

Núm. 2.º *Gorra de recibir*: el fondo, caído como en la anterior, es de tul blanco con florecitas negras: sobre la frente, está adornada con lazadas de cinta amarillo fuerte, y de terciopelo negro, con un grupo de capuchinas: otro grupo adorna el lado izquierdo: en el derecho, rizado de tul orillado de puntilla: cintas flotantes, la del lado derecho amarillo subido y la del izquierdo de terciopelo.

Núm. 3. *Gorra para señora de edad*: el fondo figura redécilla: un valencienno, bastante ancho, la guarnece todo alrededor quedando un poco rizado sobre la frente: un lazo de cinta, de grós blanca, se coloca al lado izquierdo bastante alta: otro, con largos cabos de la misma cinta, va puesto en el sitio de la castaña del peinado: anchas bridas de cinta blanca descienden por delante.

Esta elegante gorra es preciosa para señora mayor, y la puede usar para salir á todas horas, y así mismo para teatro, pues su color todo blanco es en extremo distinguido.

Núm. 4. *Gorra para señora joven*: el fondo, caído, es de muselina inglesa, y está graciosamente adornado con escarolados de encage: sobre la frente, grupo de lazadas de cinta de glase

blanco: de este grupo parecen descender las bridas bastante anchas y largas de cinta blanca tambien.

Recomendamos este gracioso adorno de cabeza para comida y recibir: es apropiado para usarle con trages de seda claros, de un solo color, ó de dibujo pequeño.

Núm. 5. *Gorra de reunion*: fondo de tul adornado de un terciopelito negro cero, que forma cuadros dobles: un doble encage, puesto pié con pié, la guarnece: al lado izquierdo, lazadas de cinta estrecha de terciopelo; sobre la frente, grupo de flores punzó con capullos y follaje verde.

Inútil es decir que esta linda gorrita es propia de señora muy joven, y que sirve para sociedad de confianza, para teatro y para las noches en que se recibe.

Núm. 6. *Gorra de vestir para señora de mediana edad*: el fondo es de tul blanco moteado y forma una catalana guarnecida de encage: sobre la parte superior, va colocado un lazo de cinta azul: el cabo de la izquierda parece pasar por debajo del encage, y va á formar algunas lazadas bajo la catalana: otro lazo azul va colocado en la parte inferior, y dos cabos descienden sobre la espalda; al lado izquierdo, y entre dos encages, se prende una rosa: bridas azules.

Núm. 1. *Berta con aldetas para baile*: el fondo es de tul de seda blanco, y está cubierto de bullones pequeños, sobre los que señala cuadros un terciopelito negro cero: un ruche de blonda negra le guarnece: la espalda y las aldetas son de una pieza: dos jokeys de encage blanco, bastante ancho, salen de los hombros para que adornen las mangas del vestido: una puntilla blanca adorna el escote, ademas del ruche de blonda: toda la berta está sembrada de rosas pequeñas, así en lo que cubre el talle como en las aldetas; sobre el pecho, tres rosas mayores forman grupo.

Este modelo conviene á una señorita, y hará muy buen efecto con un traje rosa.

Es tambien apropiado para llevarle, con traje de seda de color claro, al teatro, y para *soirée*.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 11.



LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par la Société des Journaux de Modes réunis

On s'abonne au Bureau ; rue St Anne, 64, à Paris.

Ayuntamiento de Madrid